

Calahorra 1935: La feria de los dos Belmonte

*Enfrente el diosecillo
desnudo, inerme, solo: un torerillo. (...)
La arrebolada en sus rubores luna
se asoma, presidenta, a su baranda.
Un toro y Juan Belmonte.*

Gerardo Diego

Juan Belmonte y Joselito «el Gallo» son la leyenda del toreo de hace un siglo, de la llamada Edad de Oro, cuando por toda España, como cuentan las crónicas, levantaban pasiones compitiendo en las plazas pero siendo amigos fuera de ellas. Al Gallo lo mató un toro en Talavera en 1920 con 25 años. Belmonte decidió marcharse, porque así lo quiso, hace 60 años, el 8 de abril de 1962, cuando estaba a punto de cumplir 70 años.

Joselito era la cumbre del toreo clásico, como explica Andrés Amorós, de la lidia entendida como dominio de todos los toros y todas las suertes. Por el contrario, a Belmonte se le recuerda por revolucionar el toreo tradicional basado en el toreo sobre las piernas. Belmonte impuso su transformación de la lidia con la quietud de los pies fijos en el albero y guiando al toro con los brazos. Antes de Belmonte no se paraba al torear, los lances se daban encorvando el cuerpo y moviendo los pies sin pausa ni medida para dejar que el toro pasase lo más lejos posible del torero. Es decir, que tampoco se mandaba, como ahora lo entendemos, haciendo que el toro siga el camino que el torero le marca en vez de ir dando capotazos o muletazos tras él. Además, como dice Amorós, Belmonte basó su toreo “en el temple, esa misteriosa capacidad para armonizar los movimientos de capote y muleta a la velocidad de cada toro, haciéndola cada vez más lenta. En bajar las manos, subrayando la dimensión estética del capote. En expresar con dramatismo la sensibilidad del artista...”.

Cuentan que si Joselito «el Gallo» era un atleta, Belmonte era todo lo contrario. Dicen que esa nueva forma de torear la inventó Belmonte haciendo de la necesidad, virtud y acomodando su toreo a sus limitaciones físicas. Puede que así fuera pero puede que este aspecto sea parte de la leyenda. Yo creo que es una verdad a medias. Juan Belmonte era un artista y como tal, creaba y creaba siempre porque entendía que el arte que no nace a cada instante es solamente oficio, digno y honroso pero oficio. Por eso una media verónica de Belmonte nunca podía ser de otro pero ni la anterior ni la siguiente serían nunca igual en el propio torero. Así lo explica B.B.S, tras la muerte del maestro, en el semanario *El Ruedo*. En su artículo, le rinde homenaje al no considerarlo solo un buen torero sino la esencia del toreo mismo ya que paraba, templaba y mandaba como nadie. Reconociendo que era un torero valiente, añade una singularidad no frecuente, que era más que eso pues, a partir de Belmonte, “los valores estéticos y artísticos adquieren importancia y tienen más categoría que los conocimientos técnicos y los alardes de valor”. No duda en afirmar que Belmonte entendió la esencia del toreo. Podemos decir que a lo largo de su carrera Belmonte señaló el camino a los toreros posteriores creando las bases de la tauromaquia moderna.

El 31 de agosto de 1935 fue la primera y la última vez que Juan Belmonte García toreó en Calahorra y lo hizo, por supuesto, el día de nuestros Patronos. Sabemos que esta leyenda del toreo, que llegó a lidiar hasta 110 tardes en 1919, estuvo en Calahorra en 1935, un año en el que solo toreó 14 y estaba próximo a retirarse. La corrida contó con la presencia del ministro de Industria y Comercio, Rafael Aizpún, que era de Caparrosa (Navarra) y miembro del gobierno Radical-Cedista de Alejandro Lerroux.



Joselito "El Gallo" y Juan Belmonte

Cuenta el semanario *La Fiesta brava*, en su crónica del 6 de septiembre, que la corrida estuvo "desanimada" de público, "por ser día laborable y caras las entradas para estos pueblos". El cartel de aquella tarde de sábado lo completaban Victoriano de La Serna y Corrochano. No es de extrañar que, pese a la importancia de los toreros, muchos no pudieran comprar una entrada para una corrida que, según el cronista, "había costado muchos miles de duros a Ricardo Company", el empresario taurino. Se lidiaron seis toros del encaste de Paco Coquilla, de los Hijos de Andrés Sánchez Rodríguez. Dice el crítico, que firma como *Relance*, que habían salido a 248 kilos. El toro de Coquilla era muy apreciado por los toreros de la época. Se atribuye a Manuel Jiménez «Chicuelo» la frase de que durante la lidia: "Los coquillas son dulces como rosquillas y picantes como guindillas".

Según *Relance* todos los toros fueron aplaudidos pero solamente lo merecía el primero "pues los otros eran blandos para la caballería y quedados para la muleta" y demasiado jóvenes. Pese a todo las verónicas y quites de Belmonte fueron "grandiosos y ovacionadísimos". Cuenta que Belmonte toreó "cerquísima, artista y valiente al muletear al primero", aunque el toro que era de nervio y revoltoso volteó al torero algo que emocionó a la concurrencia. Todos los presentes en el ruedo entraron al quite y salvaron "al caído, oyéndose entonces una ovación inmensa; y otra mayor al verle valentísimo, espléndido y entre los cuernos". El torero mató de "media excelente" y se le rindieron, "todos los honores". En el cuarto le tocó en suerte un toro "mansote y aplomado" pero pese a todo Belmonte, entre aplausos y música, ofreció buenos pases. Aunque, según el cronista, "tenía el bicho la cabeza suelta, y al hacer un extraño le dio Juan media baja. Luego hubo tres pinchazos delanteros, certero descabello y ovación". Destaca el crítico

que pese a tener Belmonte 43 años “conserva la majestad y la grandeza” y que tanto con el capote como con la muleta consigue “parar, aguantar, mandar, despedir y recoger” y elogia “gracia, temple, suavidad incopiables. Una seda. Los cuernos rozándole la ropa. ¡Qué estilo! Un prodigio. Como nadie”.

Respecto a de La Serna destaca su gran estilo pero, en contraste con Belmonte, quedan “ausentes la valentía y el pundonor”. Aunque hubo alguna verónica y algún quite, “todo lo demás deplorable. Y seis pinchazos, 2 bajas, 5 descabellos, 1 aviso y broncas a granel. Sintético y elocuente”. Tampoco Corrochano convenció al crítico que resalta que, menos con la espada, todo quedó en “deseos y voluntad” pese a los adornos y el arte en verónicas, faroles, medias, rodillazos, chicuelinas. Al tercero le dio “tres pases de barrera, sentado... levantándose, ovacionados y musicados, así como rodillazos, de pecho, afarolados, molinetes y seis sangrías desastrosas, sin llegar”. A su juicio solo cabe destacar la actuación de su banderillero y puntillero «Orteguita». En el sexto aun fue peor pese a que “recurrió a la martingala de brindarlo a la asamblea” para ganarse al público. Pero su actuación solo ofreció “pases vulgares, cuatro sablazos y dos descabellos”.

Al día siguiente, domingo, tuvo lugar un espectáculo cómico-aurino denominado «El Universal», ofrecido por Rafael Dutrús Zamora, un valenciano conocido como «Llapisera» que popularizó ese tipo de funciones que siendo baratas atraían a mucha gente como ocurrió en Calahorra.

No podemos concluir sin ofrecer otra curiosidad interesante de lo que sucedió en las fiestas del año 1935 y es que en Calahorra coincidieron Juan Belmonte y su hijo Juan Belmonte Campoy. Este último era un hijo natural del torero, fruto de una relación con una hermosa cigarrera sevillana, al que reconoció tras ver el parecido indudable. Parece ser que el hijo de Juan Belmonte García había toreado el miércoles 28 de agosto en Toro donde había triunfado junto al hijo de Sánchez Mejías. De dicha ciudad llegaron a Calahorra el viernes y actuaron en «El Recuenco», finca principal del ganadero Alfonso Díaz y Díaz. Vieron ambos las funciones del sábado y domingo y torearon el lunes, “con regular entrada, tempo bochornoso” y bajo la presidencia del alcalde, entonces Emilio González Barco.



Belmonte padre e hijo con José María Cossío y otros en un café.

Los dos hijos de toreros de leyenda protagonizaron el festejo “vestidos de corto y sin picadores, en unión de «Gallito» y Eduardo Sánchez”. Se lidiaron seis becerros calahorranos, del dicho señor Díaz, “bonitos, iguales, negros, erales, bravitos y de regular poder, abroncándose al primero, que se caía”. Según el semanario *La Fiesta brava* se vieron “cosas buenas, regulares y malas” ejecutadas con el capote por José Ignacio Sánchez Gómez que puso desdichados pares de banderillas a la primera res a la que muleteó por la cara y tras darle media estocada contraria fue ovacionado. En la tercera res estuvo desigual en banderillas pero ejecutó una “faena alegre y variadísima” por lo que se

oyeron ovaciones y música. Tras media estocada perpendicular y un certero descabello siguieron todos los honores.

En cuanto a Juanito Belmonte Campoy narra que sus verónicas y sus medias fueron buenas y ovacionadas y “estupendas y variadas las faenas de muleta, coreadas con oles, ovaciones y música”. Al segundo lo mató de “media trasera y cuatro descabellos” lo que le valió para ovación y vuelta. En el cuarto dos estocadas tendidas y un descabello, “siguiendo orejas y demás”.

Parece ser que fueron “buenas y ovacionadas las verónicas” de Rafael Ortega Gómez «Gallito», así como, un buen par de banderillas al quiebro y dos desiguales de poder a poder. “Después de pases con la diestra, al quinto, le pinchó tres veces barrenando”. A Eduardo Sánchez Miranda, primo carnal de Alfredo Corrochano, le ovacionaron verónicas, medias, chicuelinas y largas, no todas buenas, y dadas de cerca. Estuvo, en opinión del cronista, artista y le aplaudieron mucho. Mató de una estocada “contraria, a un tiempo, y lo desorejó”.



Belmonte padre e hijo

El resumen que hace de los jóvenes diestros el crítico *Relance* resulta muy interesante. Explica que “José Ignacio es el más alto y de más edad, Juanito aventaja a su padre en estatura y tipo, Rafael recuerda a su tío el «Gallo» de joven y Eduardo es el más joven y de mejor figura”. Destaca el semanario que verlos torear juntos fue una novedad no solo para el crítico *Relance* sino para muchos aficionados y críticos taurinos de los alrededores que acudieron a Calahorra y, como él, “quedaron complacidos”. A su juicio, el mejor es Juanito Belmonte ya que “su toreo, de capa y de muleta, afortunadamente, se parece al de su padre: lento, suave, ceñido, mandando. El de los «Gallos» tiene gracia, temperamento, arte, intuición, y rabia. También José Ignacio, aunque es inseguro, nervioso y desigual. Y enterado y fino, pero un poco soso, el primo de Corrochano”. Los cuatro tuvieron que corresponder juntos a las ovaciones que recibieron.

Por último, destaca el cronista de *La Fiesta brava* que lo mejor de la feria calahorrana de ese año había sido “el primer toro de Coquilla, Belmonte padre y Belmonte hijo. Al padre lo cogió, una res, para matarlo, y entró en la enfermería con magullamientos y erosiones, que a muchos les hubieran bastado para marcharse a la fonda. Pero él, alma bien templada, espíritu fuerte, valeroso, de conciencia y pundonor,

volvió a la arena y más valiente que antes, con sus 43 años, cargado de gloria y en, un circo sin importancia. ¡Belmonte! Ese es Belmonte. Y de su arte, a mí me parece más grande cada vez”. Un gran elogio que destaca la profesionalidad del torero que se expone por igual en cualquier plaza. Explica después el crítico que había hablado con el padre y con el hijo y los planes eran que Juan Belmonte dejaría los toros a finales de septiembre “en la feria de su ciudad natal, por San Miguel” y que el “hijo se doctorará al año justo de la retirada de su padre y, también, en esa feria”.



Juan Belmonte pintado por su amigo Ignacio Zuloaga

El 29 de septiembre de 1935 toreó en la que se creía su retirada en Sevilla, así se le consideraba al comienzo de la Guerra. No obstante aceptó torear el 18 de octubre de 1936. Hoy sabemos que fue el 15 de noviembre de 1936, en Córdoba, cuando Juan Belmonte lidió su último toro. Su hijo Juanito Belmonte tomó la alternativa en Salamanca en plena Guerra Civil, el 12 de septiembre de 1938, junto a Marcial Lalanda y Domingo Ortega.

Para la historia taurina de Calahorra queda esta página escrita en 1935 por dos toreros de leyenda Juan Belmonte García y su hijo Juan Belmonte Campoy. ¡Va por ustedes!